

vió que las murallas tenían todavía doce pies de altura (1), —perjudicaron considerablemente la línea de fortificaciones, dejando únicamente de ellas algunos restos insignificantes, fueron estos suficientes para que el investigador práctico pudiera formarse idea de su primitivo emplazamiento. Tomamos los párrafos siguientes de la descripción que el coleccionador de inscripciones romanas de Britania ha dado á luz, valiéndose así de las antiguas obras escritas sobre aquel sistema de fortificaciones como de los resultados de su propia observación (2).

El emplazamiento está en su longitud dividido evidentemente en tres partes: al sur el baluarte de tierra; al norte la muralla de piedra con pequeños castillos y gran número de torres, y entre uno y otra, los diez y siete grandes castillos y una vía que los ponía en comunicación.

El baluarte de tierra es triple: al norte del foso de treinta pies de ancho (las dimensiones las señalo en pies ingleses) por diez de profundidad, es sencillo; pero al sur es doble y está separado á ambos lados por un foso de veinticuatro pies. Los baluartes del norte é interior del sur tienen una altura de seis á siete pies con un perfil superficial ascendente; el de mas al sur es algo mas bajo. El centro de la construcción es una obra amurallada, muy irregular y construida en un terreno pantanoso. La distancia que media entre la obra de tierra y las murallas del norte varía entre ciento ochenta y doscientos pies. En un punto situado en el centro del espacio comprendido entre ambos mares, en que las murallas llegan hasta unas rocas que se alcanzan á trescientos pies sobre el nivel del mar, mientras el baluarte sigue la línea del valle, la referida distancia es de quinientos pies. El baluarte de tierra es en sus extremos algunas millas inglesas mas corto que la muralla.

La muralla de piedra del norte, tal como puede verse por sus cimientos en general, tiene una anchura de seis á ocho pies. En las montañas, primitivamente abundantes en estaño, han desaparecido naturalmente las señales de los muros; actualmente se conservan todavía allí de ocho á diez pies, pero en su origen tenían hasta veinte. El centro de la obra amurallada está constituido por la llamada *opus incertum*, es decir, por una masa pedregosa formada de rocas grandes y pequeñas unidas por medio del cemento. La cara que mira al norte está cubierta de piedras labradas casi iguales (en su generalidad de veinte pulgadas de largas por diez de gruesas y ocho de altas) colocadas, como era costumbre, de manera que la parte ancha penetraba en el muro mientras la estrecha miraba hacia el exterior. La cara sur está construida, por regla general, con menos cuidado y regularidad: las piedras labradas son mas pequeñas y menos pulidas que las de la cara norte, y en muchas de ellas se ve una superficie grande y un grueso de ocho á diez pulgadas. La piedra que se empleó en estas construcciones era bastante dura, arenisca y cilícea, y se encontraba en las montañas que se alzaban al norte del baluarte: algunas de estas canteras existen todavía. Las inscripciones toscamente grabadas en las mismas peñas, recuerdan las construcciones romanas. Separadas por espacios desiguales alzanse en las murallas torres cuadradas de diez pies cuadrados de superficie, con una sola puerta, situada en la fachada sur; el interior de las mismas era de madera. En tiempo de Horsley (1685-1731), de las trescientas veinte torres que puede calcularse se levantarían en las murallas, solo habían tres en su sitio: actualmente no quedan de ellas mas que algunos restos. Algunos castillejos se

(1) Beda, *Hist. ecclesiastica*, I, 12.

(2) Hübner en el *Corpus inscriptionum Latinarum*, VII, 99, y en su antes mencionado trabajo, pág. 241.

alzaban á distancia de una milla romana, aproximadamente, unos de otros, y aprovechando las buenas condiciones del terreno, en número de ochenta, segun puede calcularse; los ingleses los conocían con el nombre de millas-castillos (*millcastles*). Estos castillos eran de forma cuadrada, con los ángulos de la cara sur redondeados; y ocupaban una superficie de unos sesenta pies cuadrados; su cara norte era continuación de la muralla y salía un poco mas hacia afuera que esta; tenían puertas en la cara norte y en la cara sur, de suerte que estos castillos, segun era entonces uso, venían á ser puertas fortificadas. De su interior no se ha conservado nada, siendo de creer que eran reductos fortificados de madera.

En la parte Norte se extendía, allí donde lo permitía el terreno, un foso parecido al del baluarte de tierra de la parte Sur; su anchura era de 30 pies y su profundidad de ocho á nueve. En los puntos en que los ríos, como el Tyne, cortaban las murallas, quedaban estas unidas por puentes de fábrica, defendidos en sus extremos por algunas fortificaciones, corriendo de este modo cómodamente la vía que se extendía á lo largo de las murallas.

Había, por último, siete grandes castillos, llamados estaciones ó pretenturas, los cuales, á excepcion de tres que se encontraban en el lado Sur del baluarte de tierra, se alzaban entre el baluarte y la muralla, á desigual distancia unos de otros: por término medio la distancia que los separaba era de cinco millas inglesas. Casi todos estos castillos eran de la conocida forma oblonga cuadrada y su superficie variaba, segun las condiciones del terreno, entre tres y seis acres ingleses; estaban rodeados de murallas de 5 pies de espesor, de baluartes de tierra y de fosos. En todos ellos se ven todavía las cuatro puertas principales y la vía general, que serpenteaba en ángulos rectos. A algunos de ellos se habían agregado, como en las grandes colonias, construcciones de arrabales, baños, pequeños templos, y hasta en uno un anfiteatro. El mejor de todos ellos, llamado *Borcovicium* y conocido por sus habitantes con el nombre: *House steads*, fué denominado por los anticuarios locales la Pompeya inglesa.

En dos puntos, al Este y al Oeste, las vías que conducen al Norte cortan los baluartes: en cada uno de ellos, en el Northumberland y en la Escocia meridional, se alcanzan á distancias convenientes dos castillos, y en el centro uno, formando así un total de cinco.

El biógrafo de Adriano dice que este baluarte fronterizo estaba destinado á separar á los bárbaros de los romanos. Pero desde el momento en que con él se quiso también constituir una defensa, y en oposición con el sistema de Agrícola, —que había pensado dominar de un solo golpe y con una simple marcha á los bárbaros del Norte,—se había vuelto al antiguo sistema romano consistente en el penoso trabajo del pico y de la azada; una obra tan importante ofrecía un punto de apoyo para un caso de ataque, que hasta entonces no se había tenido, y que hacía dependientes á los pueblos del Sur de Escocia, que, por decirlo así, habitaban en los glaciares de la misma fortaleza. Ya en el año 142, es decir, veinte años despues de haber comenzado Adriano su construcción, el emperador Antonino Pio pudo pensar en avanzar las fronteras hasta la línea del Clyde, ya fortificada por Agrícola, y cerrar por medio de fortificaciones la parte mas estrecha y por tanto mas favorable de la isla británica, de la misma manera que lo había hecho Adriano en el Tyne. Esta obra (3), que los escoceses denominaron posteriormente

(3) Véase Hübner en *Corp. inscr. Lat.*, VII, 191, y en su citado trabajo, pág. 247.

Graemes (es decir, de Graham) ó *Grymes-Dyke*, arrancaba desde Kilpatrick, junto al Clyde, y seguía por la llanura en una extensión de 40 millas romanas, ó 37 inglesas, en dirección al Este, hasta Firth of Forth, y terminaba al Noroeste de Edimburgo, formando un foso de cuarenta pies de ancho por veinte de profundidad, detrás del cual se alzaba un baluarte de tierra, con sus puertas y grandes y pequeños castillos unidos por un camino. La obra de destrucción ha dejado sentir sus efectos con mas intensidad en este que en el baluarte de Adriano, por efecto de las condiciones del terreno y de los materiales empleados. Teniendo en cuenta que estaban cerrados hacia el Norte y que no había caminos que condujeran al baluarte, —al contrario de lo que se veía en el de Adriano,—parece indudable que Antonino Pio, al mandar aquella construcción, se propuso únicamente hacer una obra de defensa fronteriza y que se quiso dejar abandonados á su propia suerte á los caledonios. El mismo castillo que, á fines del siglo segundo, se alzaba en las cercanías de Stirling, no pudo haber tenido mas que una importancia pasajera. Mas hacia al Norte ya no se encuentran huellas de la dominación romana.

Despues de haber puesto el emperador término á las guerras extranjeras, abrió para la provincia, no amenazada ya por ningun enemigo, un período de paz que duró 60 años, durante los cuales el bienestar material se aumentó considerablemente, debido en no pequeña parte á la gran exportación de cereales de los países necesitados estaban Bélgica y las Galias. «En la parte Sur de la isla, de clima relativamente templado, florecían la agricultura y el comercio, poblándose sus territorios de innumerables quintas romanas con todas las comodidades de los países meridionales; con sus baños calientes, sus espaciosas galerías, sus pavimentos de mosaico, y en número y variedad tan grandes como se veían en el valle del Rhin, en la Francia meridional y en España. Las Termas de la diosa Sulis-Minerva, en Bath, el sitio mas cómodo de baños del último siglo, eran ya entonces muy frecuentadas por los provinciales. Algunos objetos artísticos, elegantemente trabajados, que han sido encontrados en aquella comarca, son testimonio del gusto exquisito de sus antiguos poseedores.»

A pesar de esto, andarian equivocados los que de estos monumentos de alta cultura, encontrados generalmente en la jurisdicción de los castillos y colonias romanas, quisieran deducir que la civilización de los romanos penetró en las masas de los provinciales celtas ó que estos últimos se reconciliaron con la dominación romana. Quizás á los vacíos de nuestra tradición se deba que solo tengamos noticia de muy raras intenciones de levantamiento y que solo sepamos algunas de los brigantes y siluros walisios. Cuando, á principios del siglo tercero, los caledonios que permanecían independientes tomaron la ofensiva y pasaron el baluarte de Antonino, la situación de la provincia se presentó tan crítica que el emperador Septimio Severo en persona se dirigió en 208 á Britania y dominó á los siluros, gracias á haber enviado á Isca la legión (*Castra Legionis*, ó sea Caerleon) que hasta entonces había estado acantonada en Gloucester. La necesidad de contener á los brigantes y á los caledonios le indujo á restablecer las murallas de Adriano y fortificarlas de tal manera que su biógrafo le designa como su verdadero constructor. Mas exacta es la tradición indígena que le atribuye la construcción del baluarte de tierra, que defendía á la guarnición de las murallas contra todo ataque por la espalda y le permitía hacer frente á los caledonios del Norte y á los brigantes del Sur. Siendo esto último necesario, se comprenderá por qué Severo abandonó el *limes* de Antonino trasladando al de Adriano las guarniciones que allí se encontraban.

Los caledonios no habían sido dominados todavía cuando en 4 de febrero de 211 murió Severo en Eboracum (York), que desde entonces fué la capital de la provincia. En cambio, los caledonios todavía no habían podido pasar el baluarte de Adriano. La provincia británica encontró en él una fuerte frontera cuyo posterior desarrollo interior corrió parejas con el de otras provincias situadas en suelos bárbaros.

No faltaron allí ni sublevaciones militares ni pretendientes al imperio, siendo de mencionar entre estos últimos el belga Carausio (1), que desde 287 hasta 293 gobernó impunemente la isla y que se conquistó eterna memoria en la historia británica por la independencia con que se condujo. Seguramente él fué quien reconstruyó el baluarte de Antonino y quien mandó construir un enigmático edificio circular en las orillas del Carron, al Norte de Falkirk. Allecto, uno de sus compañeros, le asesinó y ocupó su puesto hasta que tres años despues un general de Constancio Cloro, nombrado César por Diocleciano, puso fin á este imperio británico y anexión nuevamente al romano aquella provincia, que durante tanto tiempo había estado separada de él. En ella residió una larga temporada el propio Constancio, que murió en 26 de julio de 306 en York, y de ella salió su hijo Constantino para conquistar la soberanía del mundo. Siendo, como son, estos hechos correspondientes á la historia general del imperio romano, los mencionamos únicamente porque las alternativas de desorganización y rehabilitación que ocurrieron en el imperio se reflejaban en los acontecimientos de la provincia y disminuían la fuerza de resistencia que se necesitaba para hacer frente á los bárbaros, que desde principios del siglo tercero se mostraban cada vez mas audaces.

Por lo demás, es digno de notarse lo poco que los britanos supieron, aun posteriormente, de este pasado romano, pues la romana cultura no quedó nunca entre ellos completamente interrumpida. No se sabe á punto fijo si algunos de los nombres gaélicos que se conservan en la leyenda, como Caradoc (el *Caratacus* de los romanos), se derivan realmente de la antigua tradición; pero las mismas fuentes históricas británicas mas antiguas, —Gildas, en el siglo sexto, y la rústica compilación que lleva el nombre de Nennius, y que en su mayor parte no tiene origen mas antiguo que el siglo sexto, —solo saben lo estrictamente necesario acerca de la época de la evacuación de la Britania por los romanos (2). Gildas refiere únicamente en términos generales, la manera cómo los romanos se hicieron dueños del país y le conservaron, aun despues de las sublevaciones de la «pérdida leona» denominación que se refiere, al parecer, á Boadicea. En él no encontramos muestra alguna de simpatía por sus oprimidos compatriotas: la opresión de estos pareciale mas bien natural consecuencia de su cobardía, de sus vacilaciones y de su inclinación á sujetarse á la dominación extranjera. Nennius formó una lista de los emperadores que fueron á Britania y de los hechos que allí realizaron. Pero todas estas noticias corresponden á la tradición romana, que está un tanto desnaturalizada, y lo poco que en ellas se hace referencia á cosas puramente británicas, no puede considerarse como enriquecimiento de la historia, porque pertenece á una erudición absurda y porque en ello se descubre á primera vista la leyenda indígena (3). Ante estas fábulas, nunca será bastante

(1) El nombre se encuentra también en Gales. Una piedra funeraria cristiana del Caernarvon, que encontramos citada en Hübner, *Inscriptiones christianae*, n.º 136, tiene esta inscripción: *Carausius hic iacet in hoc congeries lapidum*, (sic).

(2) La mejor edición que de ambas obras juntas se ha hecho es la de San Marte (A. Schulz), Berlin, 1844. Una edición crítica, especialmente de la obra de Nennius, es indispensable.

(3) En Caer-Segeint, frente á Anglesea, se encuentra la sepultura de Constancio, que se distingue como tal por una inscripción; y como

alabado el proceder de Beda (1), el erudito anglo-sajón del siglo octavo, quien independientemente y con relación á buenas fuentes romanas, volvió á Eutropio y á Orosio, enlazando con las de estas las noticias de Gildas. Para los últimos tiempos del romanismo y la irrupción de los bárbaros en Britania, no utilizó mas que la obra de Gildas y algunas pocas leyendas religiosas y reminiscencias sajonas.

Este autor señala á los escotos y á los pictos como opresores de los bárbaros que se encontraban bajo la dominación romana. Los escotos de Irlanda y los pictos de la Albion ó pechtes, como mas justamente los denomina el sajón Widukind, pueblos todos de origen celta, habitaban la Albion septentrional y el Orkney, y eran distintos de las poblaciones que los romanos designaron anteriormente con el nombre de caledonios. No hay que dar mucho crédito á la leyenda de su emigración tal como la refieren Nennius y en parte Beda; lo único que puede creerse es que los escotos en época posterior se extendieron por el canal del Norte y por Escocia, ocupando las costas occidentales de esta al Norte de Clyde y la comarca de Dalreida, que mas adelante se llamó Argyle. Aquel movimiento de avance hacia el Sur que operaron los caledonios, á cuyo encuentro debía salir Septimio Severo, pudo haberse hecho en combinación con el acto de desalojar estas comarcas la población que habitaba al Norte del baluarte de Antonino. Desde entonces, sin embargo, se pierde su nombre para ser sustituido en estos territorios por el de los pictos y el de los escotos. Desde Firth of Forth, donde estaba su capital Gindi, y desde Clyde, donde se encontraba la antigua ciudad británica Emporium Alcluith (Dumbarton), se extendieron los pictos y los escotos respectivamente hacia el Sur, y asolaron por mar y por tierra, con sus rapiñas, la Britania romana. El baluarte de Adriano, reconstruido y fortificado por Severo y por él posteriormente conservado, sirvió de muy poca cosa, porque el enemigo lo envolvía por mar, y defenderlo por medio de la escuadra ofrecía grandes dificultades, porque en aquel mismo tiempo y á menudo en combinación con los pictos y escotos, se presentaron en las costas británicas numerosas hordas de alemanes.

¿De dónde procedían estos alemanes? Esto es lo que no puede determinarse fijamente. Comúnmente se les denominaba sajones, dándoseles, por tanto, un nombre que Tácito no conocía todavía y con el cual, al decir de Tolomeo, que escribió á mediados del siglo segundo, se designaba á aquellos pueblos que habitaban detrás de los caucos de la península cimbría, al Norte del Elba, quizás en la actual Holstein, y que poseían algunas islas junto á la desembocadura del Elba. Su nombre se deriva indudablemente del *saks*, espada corta á manera de machete que usaban, y durante el siglo tercero este nombre se hizo extensivo á las poblaciones del Sudoeste del Elba, á los caucos de la costa, á los agrivarios (engers) de ambos lados del Weser, y á los cheruscos, que tomaron parte en las empresas marítimas de los sajones contra las costas de las Galias, donde se presentaron por vez primera el año 287, y contra la Britania. En estas expediciones figuraban no solo los sajones sino tambien los francos, y existen

Nennius hace al padre de Constantino el Grande, muerto en Britania, hijo de este, que murió en Oriente, no vacilo en creer que el dato de Caer-Segeint es una corrupción de Caer-Costain (ciudad de Constantino, Constantinopla) debida á la semejanza de pronunciaci3n. En Mimantum, segundo nombre de Caer-Segeint, sospecho una corrupción de Bizantium.

(1) Murió en 735. Durante los últimos años de su vida escribió su obra, tan importante para nosotros, titulada: *Historia ecclesiastica Anglorum*, en la que trabajaba todavía en 731. Las ediciones mas conocidas de esta obra, son la de Y. A. Giles: *The miscellaneous works of venerable Beda*, vol. II y III, Lóndres, 1843, y la de A. Holder, *Fri-burgo*, 1882.

motivos fundados para creer que así los anglios del Schleswig como los jutos, que despues conquistaron y ocuparon con los sajones la Britania, y como quizás algunos pueblos septentrionales, se pusieron desde un principio al lado de los sajones. El objeto primordial de sus expediciones era en un principio, y continuó siendo durante siglo y medio, exclusivamente el robo, para evitar el cual viéronse los romanos obligados, durante la segunda mitad del siglo tercero, á aprestar una escuadra que solo de un modo incompleto llenó su cometido. Carausio, jefe de esta escuadra de defensa, entró en inteligencias con los piratas sajones y francos, y cuando estos comenzaron á sospechar de él, atrevióse á cosa de mayor importancia, pues se hizo investir en Britania de la púrpura imperial.

Referir las diversas irrupciones de los pictos, de los escotos y de los atacottas ó de los alemanes, sería tarea imposible é inútil. Rechazados con frecuencia, volvian á la carga con fuerzas mas numerosas, mientras los romanos, señores del país, se debilitaban en las luchas que para ocupar el trono ocurrieron durante los siglos tercero y cuarto, y exasperaban con sus vejaciones administrativas á los indígenas, impulsándolos al levantamiento. Tomar precauciones contra aquel enemigo era punto menos que imposible, porque tan pronto se encontraba en un sitio como en otro, segun el viento empujaba sus embarcaciones. El mayor peligro que ofrecian era la rapidez con que efectuaban sus movimientos. A mediados del siglo cuarto, sus irrupciones se habian convertido en una plaga permanente (2), y cosa corriente eran ya las derrotas sufridas por las tropas imperiales en sus luchas con aquellos invasores. La falta de inscripciones romanas de la siguiente década demuestra que una gran parte de la provincia pudo en aquel tiempo estar en poder de los bárbaros. Juliano, cuyo genio militar tuvo allí ocasion de mostrarse tan brillante como contra los alamanos y francos, nada pudo hacer personalmente por la Britania, á causa de los peligros que amenazaban la frontera del Rhin. Teodosio, padre del emperador de su mismo nombre, rehabilitó en dicha provincia, durante el reinado de Valentiniano I, el honor de las armas romanas (368-370). Despues de haber desembarcado en Rutupie, en el extremo oriental de Kent, con algunas legiones y tropas auxiliares báltavas y hérulas, derrotó, durante su marcha hacia Lóndres, á muchas de aquellas hordas de bandoleros, arrebatándoles su rico botin de hombres, ganado y preciosidades y entrando triunfalmente en Lóndres, que por fin pudo respirar tranquilamente. Al año siguiente, obtuvo nuevas victorias sobre los bárbaros, puso de nuevo guarniciones en los castillos y baluartes fronterizos y conquistó segun parece, algunos territorios situados mas allá de estos, á los cuales, en honor del emperador, se dió el nombre de Valentia. Teodosio, celebrado por Claudiano con exageracion poética, que sitió á los caledonios y regó con sangre sajona las Orcadas, prestó indudablemente grandes servicios al imperio, reconquistando la provincia británica, y no fué culpa suya si despues de su destitucion esta se vió de nuevo invadida por los enemigos. Cierto que el emperador Valentiniano fué celebrado en el año 375 por haber dominado á los piratas sajones y haber pacificado la provincia; cierto que Claudiano para alabar á Estilicon hace hablar á aquella en los siguientes términos: «A mí me salvó cuando los escotos se presentaron procedentes de Yerne (Irlanda) con fuerzas superiores y cuando azotaban el mar los remos de los enemigos; á él se debe que yo no tenga que temer á los pictos y á los escotos ni que contemplar desde la segura playa á los navegantes

(2) El famoso párrafo del contemporáneo Ammiano Marcelino, *XXIV*, 4, párrafo 5, dice (año 365): *Picti saxonesque et scoti et atacotti britannos arumnis vexavere continuis.*

sajones.» Pero la constante repetición de estas salvaciones demuestra cuán poco valia cada una de por sí.

Segun parece, los escotos se habian apoderado, por aquel tiempo, de una gran parte del país de Gales, hasta que su príncipe Cuneda, con el sobrenombre de Wledig, es decir, el glorioso, los arrojó de nuevo de allí. Sin embargo, mientras en el interior del país, y especialmente en el centro y al Oeste de la isla, el elemento romano estuvo al parecer sobrepuesto al indígena, mantuviéronse firmes las guarniciones fronterizas del baluarte de Adriano, de las plazas de la costa y especialmente del puerto del canal. Todavía á fines del siglo cuarto, como lo demuestran los mojones que de milla en milla se colocaron, teníase especial cuidado en mantener en buen estado y en aumentar la red de caminos que ponian en comunicacion los castillos (1), y en las costas alzábanse varios faros. ¿Pero de qué servian todas las fortificaciones si faltaban hombres que las defendieran? No solo las legiones acantonadas en la isla y las tropas auxiliares alemanas á ello enviadas, eran utilizadas fuera de allí, á causa de las nuevas usurpaciones del trono, sino que tambien las mismas tropas provinciales eran en tales ocasiones enviadas en masa al otro lado del mar, como sucedió cuando fueron proclamados en Britania Máximo (383-388) y Constantino (407). La proclamación de este último pudo coincidir con el hecho de haber Estilicon sacado de la isla los restos del ejército romano que «habia dominado á los sajones y á los escotos,» con ocasion de estar la propia Italia amenazada por los godos. La dominación romana de Britania tocaba á su fin, aun cuando no se habia extinguido por completo el romanismo en aquella isla.

CAPITULO II

RESTOS DEL ROMANISMO Y COMIENZOS DEL CRISTIANISMO EN LAS ISLAS BRITÁNICAS

No todos los habitantes romanos ó romanizados de la provincia británica, como tampoco en análogas circunstancias los de las comarcas del Danubio y de los Alpes, abandonaron aquellos territorios cuando se retiraron las tropas, sino que relativamente á la tradicion de los tiempos que siguieron, quedaron algunos vestigios, aunque pocos, de su permanencia y de su importancia entre los britanos. Aun cuando el idioma latino solo prestó y tomó algunas palabras del de los indígenas, sin fundirse con él en un nuevo idioma, como habia sucedido en otras comarcas, una vez terminada la dominación romana conservóse todavía en el lenguaje político y religioso, como lo demuestran las muchas inscripciones cristianas de los posteriores siglos, que en tan gran número se han encontrado en Yorkshire, Galesy Cornwall (2), y que atestiguan que no se perdió por completo el conocimiento de los poetas romanos ni de la forma poética. En una de estas inscripciones se enlaza una reminiscencia de Job con un verso de Marcial, (II, 54, 4.); en otra del Caer-marthen se conmemora, en dición castiza, á un tal Paulino que en la segunda mitad del siglo sexto mereció bien de la religion y de la patria; y lo que es mas todavía, el romanismo, abandonado á sí mismo en Britania, conservó, segun parece, en las mencionadas comarcas por algun tiempo la dirección política y militar. Una inscripción descubierta en Whitty (Scarborough), y que probablemente es del siglo quinto ó sexto, en la cual se habla de un prepósito Justiniano y de un magister Vindiciano como constructor ó restaurador del castillo que allí se alza, merece ser dejada á un lado, porque así su senti-

(1) Hübner al final de su mencionado trabajo.

(2) Coleccionadas por Emilio Hübner en las *Inscriptiones Britanniae Christianae Berolini et Londini*, 1876.

ANGLO-SAJONES

do como la época en que se escribió son bastante inseguros. Pero no podemos prescindir de Ambrosio Aurelio, conocido en la leyenda céltica como rey, el cual, descendiente de una familia romana de elevada alcurnia, fué investido de la púrpura en el siglo v y al frente de los britanos de Gales triunfó de los sajones. Gildas, que es quien nos refiere esto, pudo muy bien en el siglo vi tener noticia de él; al llamar degenerado al descendiente de Ambrosio prueba con tal censura que en su tiempo habia todavía familias cuyo abolengo romano era de todos conocido. De romana estirpe eran, indudablemente, los contemporáneos de Gildas, el príncipe Constantino, á quien censura duramente por su crueldad y rudeza, y Aurelio Conano, rey de país ignorado, único vástago que quedaba de su casa, «como árbol aislado en mitad del desierto,» y cuya ruina se debió á su afición á los placeres. Estos fueron en sus respectivas comarcas los últimos representantes de un romanismo bastardeado. El romanismo subsistió aun durante mucho tiempo en Gales con cierta organización política. En el siguiente siglo se menciona todavía en este último país un «rey de los romanos» (3), lo cual constituye ciertamente un título acerca de cuya significación seria muy atrevido formular aun simples sospechas. En todo caso, siempre resulta que el romanismo no pereció de una vez en Britania, sino que se fué extinguiendo poco á poco en el transcurso de los siglos. El anglo-sajón Beda, que no supo mencionar otros restos de la dominación romana en Britania mas que monumentos, fortificaciones, puentes y caminos, olvidóse de citar el monumento mas importante, á saber: el cristianismo, que habian importado allí los romanos y que sobrevivió á la ruina de estos.

Los orígenes del cristianismo entre los britanos están envueltos en la oscuridad: con los comerciantes y los soldados hubo de cruzar el mar desde las Galias y desarrollarse muy silenciosamente antes de que llamara sobre sí la atención y se atrajera persecuciones (4). No puede saberse á punto fijo si las noticias que nos da Beda acerca de un rey britano llamado Lucio, que por la intervencion del obispo romano Eleuterio (177-190) recibió, despues de Nennius y con todos los reyes del pueblo britano, el bautismo, son realmente exactas, ni si la afirmación de Tertuliano de que el cristianismo se extendió en Britania por comarcas que nunca habian pisado los romanos, es algo mas que una hipébole retórica. Cien años despues, la persecucion de Diocleciano sacrificó en aquella isla á los primeros mártires; cuéntanse entre ellos los santos Albano de Verulam, Aaron y Julio de Caerleon, y otros muchos de ambas procedencias que en muchos lugares dieron muestras de gran valor, «militando en las filas cristianas.» La tolerancia de Constantino el Grande, de cuya época se han conservado los nombres de los obispos de York, Lóndres y Lincoln, que en el año 314 tomaron parte en el sínodo de Arlés, hizo que allí, como en todas partes, se aumentara rápidamente el número de creyentes; por otro lado, maduraron con frecuencia estas admirables comuniones de ideas, como aconteció con el propietario de la quinta de Frampton (Dorchester), en cuyo suelo

(3) Hubner, n.º 160; una inscripción, desgraciadamente muy mutilada, del siglo nono, habla de un rey Concenn de Povos (Denbigshire) que refiere las hazañas de sus antepasados y una lucha con el *rex romanorum*. Aunque en una notable piedra sepulcral cristiana, en Irlanda, (véase Gaidoz: *Les inscriptions latines de l'Irlande*, table 5), se lee *septem romani*, claro es, como muy justamente hace notar Gaidoz, que no hay que pensar en romanos propiamente dichos, ni tampoco, como él pretende, en habitantes del imperio, sino mas bien en aquellos romanos británicos.

(4) Una inscripción encontrada en el Merionetshire (Gales), que cita Hübner, número 131, pudo pertenecer á época anterior. Dice así: *Porius (hic in tumulo iacet) homo christianus fuit.*